

El lápiz de Punset.

Nota del autor:

Eduard Punset es una bella persona y un magnífico divulgador científico cuya trayectoria he seguido desde que supe de sus programas de televisión, con título “Redes”, de los cuales no me he perdido ni uno por su gran calidad y por mi interés en la materia.

Esto no es una crítica a la persona de Eduard Punset, sino que tan solo lo tomo como ejemplo de un fenómeno muy corriente en nuestros días y profetizado en varias ocasiones a lo largo de la historia, y que consiste en, llegado cierto punto en la vida de quien investiga, quien se pregunta acerca del mundo, se retracta, se rinde, y se dedica a vender la felicidad. Tal cosa ocurre especialmente cuando se ha llegado, históricamente, digo, al final del conocimiento.

La intención de este documento es dar manifiesto de lo verdadero y lo falso, de modo que podamos elegir cambiar el mundo en lugar de suicidarnos colectiva y estúpidamente mientras mantenemos la idea de que somos muy listxs y muy felices, a pesar de todo.

Naturalmente, intentaré hacer llegar una copia de este escrito a Eduard Punset, por si tiene algo que decir al respecto. Y si lo tuviere, lo publicaré aquí.

Texto del relato:

Eduard Punset caminaba animadamente por una calle un tanto inclinada, cuesta arriba, aunque esto, a pesar de la avanzada edad

de nuestro protagonista, no parecía molestarlo. La impresión era que se había perdido calles atrás y no se daba cuenta de tal circunstancia.

Su pensamiento, en la distracción, versaba sobre las claves de su éxito. Estaba ganando mucho dinero después de una vida atractiva, interesante, sin gran audiencia al principio, al no interesar la Ciencia a la población en general, pero habiendo encontrado recientemente un filón que estaba explotando con acierto.

Vestía un traje muy corriente, entre gris y azul, de cuyo forro asomaban billetes de 500 €, de modo desordenado. Podían verse por el cuello, por la cintura, por los tobillos y, desde luego, por el frente de su cuerpo, solapa y abdomen. Mientras tanto, su rostro mostraba una sonrisa estúpida y sapiente, no se fijaba en nada exterior a él. Estaba absorto en sí mismo. Su pelo blanco y rizado se proyectaba hacia fuera como si sus ideas ejerciesen presión.

Al avanzar llegó a unos cubos de basura en los que, sin salir de su distracción, advirtió a un joven fuerte y alto, musculoso y sano, que rebuscaba, abriendo y hurgando, tal como hace un ratón, algo de comida o de algún valor que pudiera ayudarlo a sobrevivir un poco más.

Punset no pensó lo que hacía. Simplemente, al ver aquello quiso contribuir con su sabiduría y, sacando un lápiz del bolsillo de su camisa, se lo ofreció al indigente diciendo, mientras sonreía: “Buen hombre, póngase este lápiz en la boca, mordiéndolo de modo que los labios vayan hacia atrás. Así, al sonreír, se elevará su estado de ánimo, y tendrá más éxito en sus actos”.

El indigente de Punset recibió, en principio, con simpatía las palabras de su interlocutor, pues llevaba tiempo sintiendo el desprecio e ignorancia molesta de quienes lo rodeaban, y que le hablasen era una agradable novedad. Sin embargo, al ir

comprendiendo lo que le decía su supuesto nuevo amigo, el rostro le fue cayendo hacia un gesto mucho más duro, y la ira se amontonaba en sus ojos, mientras el cuerpo se inclinaba hacia adelante, hacia Punset.

El rostro de Punset, a su vez, se ensombreció sincronizadamente, dando un paso atrás, y salió corriendo calle abajo como si tuviera 20 años, perseguido por su indigente.

Punset corría veloz, cual muchacho, mientras los billetes de su forro quedaban por el camino en una nube dispersa. Pero Punset no corría de ese modo por ser perseguido por un energúmeno con terribles ganas de despedazarlo, sino por la agonía de verse a sí mismo tal como era a lo largo del tiempo. Estaba comprendiendo su ser y, con ello, todo el Universo.

Pasaron por su mente, como una visión espectacular, todos sus programas con rigor científico. Aquellos en los que fue expuesta, con valentía, la realidad del mundo. Como la regla de los 10 años, tiempo que se tarda en obtener resultados al llevar a cabo una investigación, al desarrollar un conocimiento. Como el sorprendente estudio de la Teoría del Caos. Como el hecho de que 9 de cada 10 negocios fracasen, no siendo cierto que el esfuerzo funcione, etc.

Y vio especialmente un caso concreto en el que sintió que había traicionado a la Ciencia, suceso premonitorio, al titular su programa sobre el suicidio, en vez de con sólo esta palabra, con la expresión “El suicidio se puede evitar”, con lo que descartó la consideración de por qué hay gente que se suicida, que habría sido el centro del programa. En fin, hizo trampa, dejando a lxs suicidas fuera del mundo.

Corriendo como un poseso comprendió que se había acercado al conocimiento fundamental y decisivo al decir repetidas veces que Dios era cada vez más pequeño al avanzar la Ciencia pero,

llegado el momento, cuando Hawking afirmó por fin que Dios no existe, nuestro protagonista se hizo el tonto, se sumó al silencio culpable de la humanidad, como si tal cosa no importase. Fue entonces cuando comenzó a vender la felicidad, quedando derrotado como precio por permanecer en el rebaño. No se atrevió a quedarse solo en el mundo, en la soledad del Universo.

Los pies de Punset no tocaban el suelo, esto sentía él, o no lo sentía; su respiración era automática y más que suficiente; en absoluto se fijaba en los procesos biológicos necesarios para semejante carrera. Y todo su rostro comenzó a bañarse en lágrimas, que brotaban en abundancia, mientras caían en torrente sucesivas comprensiones que desgarraban su ser, muriendo sin poder morir.

Comprendió con asombrosa y extraña claridad que una doctrina sobre el mundo y la humanidad no puede ser sólo para vencedorxs, dejando fuera a quienes pierden, pues la competición no tiene sentido. De ahí que le persiguiera su indigente, su perdedor.

Comprendió igualmente que es el éxito en los actos lo que trae el bienestar, y jamás al revés. Si bien es cierto que quien se siente bien suele tener éxito, ese bienestar original vino del éxito anterior, de su poder, y no de su fe. Comprendió muy claramente que los sentimientos están conectados directamente con la realidad, y no pueden ser dictados por la razón, por más intención y deseo que se administre. Y comprendió también, con claridad extraordinaria, que el fundamento de la razón consiste en averiguar cómo es de cierto y cómo funciona el mundo para aprender a manejarlo y tener éxito en los actos. De tal modo, la razón interviene indirectamente en el bienestar, no como gobernante de la mente y los sentimientos, sino como herramienta de éstos.

Comprendió brutalmente la clave del sufrimiento y miseria humanas que, al haberse creído inmortales, habían dado la vuelta a la mente, situando a su razón como gobernante del Universo y, por más deducciones y conocimientos que adquiriesen, como saber que somos mortales, jamás consideraron, ni uno solo de ellos, abandonar la jefatura y el gobierno de cualquier tipo sobre su mente. Una trampa macabra y grotesca, a la vez que sencillísima.

Al realizar estas comprensiones, Punset sentía euforia y tristeza mezcladas, así como muy intensas, por la tragedia humana, tan fácil de solucionar, por un lado, y tan difícil de comunicar, por otro, pues nadie escucharía de buen grado tales afirmaciones, o negaciones más bien. Pero lo más significativo del estado emocional que atravesaba Punset era la frialdad acerca de sí mismo y su situación vital: En este momento no le importaba en absoluto caer muerto súbitamente. Punset estaba perdiendo la compasión por sí mismo y por el Universo. Y corría y corría, y lloraba y lloraba.

Jesús Estrada, en diciembre de 2012. www.nuevaera.info